

# ***Los retos de ser biracial***

***Por Colleen E. Almojuela***

## **Resumen de *Un Clima de Armonía y Hostilidad: Desarrollo de Identidad para 'Indipinas'* (2000)**

Yo soy una mujer biracial cuyo padre era un inmigrante filipino de la isla de Luzón en las Filipinas y cuya madre es una mujer indígena de la Nación Squamish localizada al norte de Vancouver, Columbia Británica (...yo usaré el término 'indipina,' que describe a una mujer que es tanto filipina como nativa americana). A mi entender, este término fue creado por Bernie Whitebear, Director ejecutivo de United Indians of All Tribes Foundation, en Seattle, Washington, a mediados de los 1970). De niña, yo viví en un hogar donde las mujeres indígenas tenían un papel esencial en mi crianza. Tanto como puedo recordar, mi bisabuela siempre ha sido la matriarca más grande. Para mí, ella fue el mejor ejemplo de verdadera fortaleza, sabiduría y gracia. Su piel envejecida y suave será siempre parte de la memoria de mis dedos.

Mi "Ta-ah" (que quiere decir abuela en Squamish) fue la persona más influyente en mi vida. Ella fue mi maestra, mi mentora, y mi modelo de conducta. Aunque ella hablaba muy poco inglés, yo siempre entendí las lecciones que ella me enseñaba. Fue por su fortaleza y su sabiduría que yo proclamo mi identidad y mi derecho a llamarme a mí misma una mujer Squamish. Las enseñanzas de Ta-ah fueron dadas de manera bondadosa pero firme. Frecuentemente ella hacía un sonido de "hmmmm" que terminaba con un suave paro glótico; y dependiendo de su tono, yo sabía si era un sonido tranquilizante o de desaprobación. Ella me enseñó lo que significa vivir en una casa con muchos otros y a servir a los que me rodean. Ella me enseñó acerca del respeto, la paciencia, la humildad, la quietud y la confianza.

De niños siempre se nos permitió compartir los pensamientos del mundo adulto. La melodía de las voces y el ritmo de la risa aún suena en mi cabeza, mientras escucho a las abuelas, las madres, las tías, y las primas gozando del tiempo en que las mujeres pasaban juntas. Sus conversaciones ofrecían una comprensión a un mundo adulto que no se me ocultaba. Como una adulta, estas memorias forman mi manera de ver al mundo.

Yo siempre sentí que las actividades que sucedieron en estos años formativos fueron significativas en mi desarrollo como una líder, especialmente como una líder que ha logrado trabajar efectivamente en comunidades indígenas. El modelo de conducta y la mentoría de las mujeres fuertes me enseñó cómo escuchar, cómo ver, cómo interpretar mi mundo, y cómo ser efectiva dentro de él. Ya que ésta fue mi experiencia, la misma

formó una perspectiva que yo pensé en compartir con otras mujeres que fueron como yo porque nosotras compartimos las mismas características raciales y étnicas comunes por ser tanto pilipino como indígena.

En 1988 mi percepción cambió cuando yo asistí a una junta de la comunidad en la Isla de Bainbridge. Nos juntamos para celebrar los cincuenta años del nacimiento de una de las mujeres exitosas líderes de nuestra comunidad. ("Comunidad" se define como ser de una comunidad pilipina o indígena.) La mayoría de los que asistieron a la celebración eran del Noroeste del Pacífico, muchos de nosotras con lazos culturales con la isla de Bainbridge. Venimos de familias cuyas culturas de hogar principales vinieron de las Filipinas y de los estilos de vida de las comunidades de las "reservas" de las Primeras Naciones de Canadá. (Las "reservas" en Canadá son similares a las "reservaciones" en los Estados Unidos.) Cuando yo asisto a eventos como esta celebración de cumpleaños, yo recuerdo esos tiempos en que yo pase de niña, escuchando esas viejas melodías y sintiendo esos mismos ritmos.

Yo recuerdo tener un sentido de orgullo acerca de quienes éramos, como Indipinos, y de lo que habíamos logrado como un grupo colectivo. Muchas de las mujeres eran líderes en sus hogares y en nuestras comunidades. Sin embargo, mientras que sentada absorbía la comodidad de este ambiente, la dura realidad me azotó haciéndome a mí diferente a algunas de estas mujeres. Por lo menos quince de las mujeres presentes habían crecido con la ausencia de sus madres y abuelas durante la mayor parte de sus años formativos.

Ellas crecieron en casas donde fueron criadas por los padres que inmigraron de las Pilipinas y quienes nunca se volvieron a casar, después de la pérdida de sus esposas por muerte o por divorcio. Yo crecí en un hogar con padre y madre y tuve muchas mujeres como modelos de conducta. Las experiencias de nuestra niñez temprana colectiva eran muy diferentes. Sin embargo, nosotras fuimos líderes y modelos de conducta en nuestras familias y en nuestras comunidades. Desde que me di cuenta de esta disparidad, he tenido curiosidad por averiguar el tema central que nos ha guiado en el mismo sendero a todas a hacer el trabajo de autodeterminación y justicia social para nuestra gente.

***La historia de mi niñez*** - Mi párrafo de introducción caracteriza una niñez llena solo de amor y risas. Y fue, pero eso no es todo lo que la define. Un breve resumen de mi historia debe de incluir las caras de los desempleados, de los pobres, de los encarcelados, de los que abusan y que sufren por el alcohol, abuso de drogas y doméstico. Mi historia está también formada por estas realidades.

Yo crecí en un mundo contradictorio. Por un lado, yo tuve la fortaleza del amor de mi familia; y por el otro lado, yo tuve la vergüenza y la ira de presenciar nuestras conductas de autodestrucción. Fue difícil navegar por el laberinto de contradicciones que serpentean en medio de la felicidad, pero que puede cambiar abruptamente por dolor.

Mi vida no fue diferente que la de muchos otros hijos(as) de amistades y parientes con quienes yo me relacionaba cuando era pequeña. Navegamos por laberintos similares y juntos logramos crecer durante los primeros años con el apoyo de uno a otro. A causa de que fue una forma de vida compartida, nuestras contradicciones no se nos hicieron evidentes rápidamente.

Los hogares y el sustento de nuestras familias estaban localizados en las grandes granjas de fresas y frambuesas, aisladas de la corriente principal de la comunidad blanca que nos rodeaba. Cuando llegó el momento obligatorio de asistir a la escuela pública, nuestro sentido de seguridad cambió. Yo tengo memorias vívidas de los días de kindergarten (jardín infantil). Yo nunca había estado con tantos niños y adultos blancos.

Yo recuerdo tener un poco de curiosidad y de incomodidad acerca de mi nueva situación. En este mundo, yo observé que los niños se relacionaban uno con otro y con los adultos de diferente manera. Por ejemplo, como niños, siempre se nos enseñó a sentarnos y a escuchar en silencio en la presencia de los adultos, especialmente cuando ellos estaban hablando. Los niños en la escuela no parecían obedecer esas mismas reglas. Yo todavía puedo recordar al muchacho que se paró y abiertamente desafió a nuestro maestro de kindergarten. No solamente fue eso increíble, pero el maestro sencillamente se rió de sus acciones. Si yo hubiera hecho eso en casa, yo hubiera recibido más de una mirada de desaprobación de los adultos en el cuarto. Probablemente me hubiera merecido una aporreada en el trasero o, por lo menos, un “hmmmm” de desaprobación de mi bisabuela. Yo pasé muchos días escuchando y observando, tratando de entender mi nuevo ámbito y tratando de encontrar mi lugar en él.

Mientras que yo miraba y observaba a los demás en el salón de clase, yo noté otras diferencias. Durante muchos días antes de mi primer día en la escuela, mi madre me recordaba que no le dijera a nadie que mi ropa venía de la “misión,” que era nuestra palabra para referirnos a la tienda de ropa usada. Cuando yo vi a muchos de los otros niños, empecé a entender el significado de sus instrucciones—sus ropas se miraban tan “limpias.” La ropa fue el principio de la cohibición. Yo recuerdo una mañana, cuando mi madre me ayudó a ponerme un par de overoles de lona, noté los muchos remiendos en las rodillas. Mientras que ella me abrochaba la trabilla, yo recuerdo preguntarle, “¿Cómo es que toda mi ropa es vieja?” A lo que ella

me contestó, "No importa lo vieja que sea la ropa mientras que esté limpia," Pero en el fondo de mi interior, a mí sí me importaba.

Durante el primero año en la escuela, yo me sentía muy consciente de cómo me miraba. No solamente yo estaba abochornada por mi ropa, pero también recuerdo usar blusas de manga larga cuando jugaba en el sol porque no quería que mi piel se pusiera más oscura. Mi segunda cohibición terminó siendo una vergüenza. Yo luché por encontrar mi lugar en el nuevo mundo de la escuela. Fue en éste empezar temprano que yo comencé a construir y a entender el significado por mí misma—un significado que rechazó esas cosas que me hicieron diferente en este nuevo mundo blanco.

Yo pasé años alejándome de la cultura de mi hogar y adoptando muchos de los elementos de la cultura que los niños de la escuela demostraban. Pronto yo pude demostrar todas las normas culturales y las reglas que tenía que obedecer. Me volví tan buena en mi imitación que yo hubiera podido enseñar a los niños de la corriente principal lo que era "ser blanco(a)."

***Mi búsqueda por una voz auténtica*** – No fue sino hasta que yo asistí a la universidad que yo comencé a preguntar en quién me había convertido. Cuando entre en la edad adulta, los temas de identidad comenzaron de nuevo a cambiar para mí. Durante el movimiento de los derechos civiles en la primera parte de los 1970, yo, como muchos(as) otros(as), fui desafiada a encontrar mi verdadera identidad y a encontrar significado por mí misma. Yo comencé a separar las capas de asimilación "exitosa". En el proceso yo me dí cuenta que tenía que denunciar algunas de las lecciones que me habían enseñado algunas personas muy importantes—mi padre, mi madre, y, aún, mi Ta-ah. Yo encontré que dentro de las muchas lecciones se habían incrustado ideologías de asimilación y prejuicio.

Mientras que iba penetrando por cada capa, yo sentí gran excitación, inmensa ira y pasión por la verdad acerca de mi identidad. Mi jornada por estos años de desarrollo racial me dio una cantidad de oportunidades para aprender. Yo no estaba sola en mi búsqueda. Del movimiento de los 1970 surgió una comunidad de otros con las mismas experiencias de disonancia cognoscitiva que yo sentía. Nos apoyamos uno a otro en nuestra lucha por reclamar nuestras propias voces.

Mi búsqueda por identificación racial comenzó cuando yo asistí a la primera conferencia de First Annual Far West Pilipino en Seattle en 1971. Yo recuerdo a los compañeros de la escuela superior preguntándose uno a otro, "¿Qué está haciendo ella aquí?" Yo me hice la misma pregunta. Conectarme con mis raíces asiáticas fue de mucha tensión. La confianza era un gran problema. ¿Cuál era mi auténtica voz? Yo estaba enfurecida, atrapada entre dos personalidades, entre dos mundos no integrados. Cuando finalmente

comencé a entender y respetar la perspectiva de mi padre, me dí cuenta que yo estaba regresando a casa a una genuina renovación cultural.

Una vez que yo me sentí más cómoda como una pilipina americana, yo comencé a luchar con mi identidad como una mujer indígena. A este punto, yo hice conexiones emocionales dentro del movimiento nativo americano que crearon lazos directos con mis antepasados indígenas y me reconecté con otras lecciones que yo había aprendido de mi Ta-ah—lecciones que conectaron con valores culturales y mantenimiento de integridad cultural. Ella me había enseñado acerca del respeto, la paciencia, la humildad, y la confianza, pero, al mismo tiempo, compartió sus propios prejuicios acerca de los Pilipinos. Ella reforzó el hecho que debíamos de aprender cómo hablar buen inglés, mientras que ella luchaba con su propio aprendizaje.

Aprender la historia de la gente indígena fue muy doloroso para mí porque me forzó a entender el proceso de la colonización que fue impuesta a la gente indígena por algunas de las instituciones con las que yo me sentía muy conectada. Yo aprendí el papel que jugaron el gobierno y la iglesia católica en la pérdida de las culturas indígenas tradicionales. Esta información chocó con lo que yo había creído cuando niña. En la escuela primaria, yo dije con orgullo el “Juramento de la Bandera” cada mañana, creyendo en cada palabra. Yo creí en “la libertad y la justicia para todos” incluyéndome a mí. Yo fui a catecismo y asistí a misa católica cada domingo, creyendo que era la iglesia omnipotente que me enseñó que era. Estas contradicciones fueron abrumadoras. Lo que se me había enseñado no coincidía con lo que estaba aprendiendo. Tristemente, al entender el impacto de la colonización sobre la gente indígena, también comprendí más acerca de por qué había tantos alcohólicos y gentes que abusan en mi familia.

***Contribuyendo al futuro de nuestros hijos*** – Como resultado de mi jornada en busca de mi auténtica voz y como una mujer biracial, que ha trabajado con las comunidades de los nativo americanos por más de veinte años, yo he aprendido algunas lecciones importantes. Sin embargo, mi historia no es única. Otros que comparten antecedentes raciales y étnicos similares, comparten historias parecidas...

*\*Reimprimido por Early Childhood Equity Alliance/La Alianza para la Equidad Infantil con permiso del autor\**

*Traducido por Maria Antonieta Renoos*